

HOMENAJE A LOS EX ALUMNOS DESTACADOS

Señoras y señores:

Me toca decir las palabras finales en este homenaje a los ex alumnos destacados que, para nuestro regocijo, se ha convertido ya en un encuentro esperado todos los años. Si bien cumplo este grato encargo como Rector de la Universidad Católica, también lo hago como ex alumno de nuestra querida Alma Mater. Tan especial circunstancia me permite distanciarme de lo meramente protocolar, pues no haría justicia a los francos sentimientos que ustedes y yo compartimos y que de alguna manera hoy celebramos, si olvidara la solidaridad que nos une por haber gozado del privilegio de ser discípulos de un mismo claustro. Por ello quisiera hablarles a ustedes más como uno de sus compañeros y menos como autoridad.

He dicho que nos reúne una experiencia común. Debo precisar que ese rico caudal que compartimos, en gran parte compuesto por las anécdotas de nuestras aventuras universitarias, posee muchas otras riquezas aun más perdurables. En efecto, cada una de las escenas de nuestro paso por el claustro se halla impregnada por aquel espíritu que hizo carne en todos nosotros, el espíritu de nuestra casa, que ilumina nuestros actos y brinda cimiento moral a nuestro actuar. Por ello podemos afirmar que ese conjunto de recuerdos que nos une, nuestros años de estudiantes en la Universidad

Católica, no se reduce tan sólo a la memoria de lo pasado, sino que es además una presencia actual. Y esta no es otra que el sello indeleble en nuestra conciencia de las enseñanzas de nuestro claustro, especialmente aquellas de rigor moral e intelectual.

Hoy que nos hallamos convocados personas vinculadas estrechamente a la Universidad y que por tanto comparten las mismas emociones y los mismos afectos, me gustaría recurrir a una vieja sentencia que no por ser con frecuencia mencionada ha perdido verdad. Me refiero a aquella enseñanza del Evangelio que sostiene que al hombre se lo conoce por los frutos de su obrar. Apliquemos esta justa medida a la Universidad Católica y entonces comprenderemos por qué nada se ofrece como la razón más precisa por la cual la Universidad Católica ha sido y es reconocida, nada explica mejor la fe que en ella el país ha depositado, que el talento, la imaginación y el compromiso con el país que despliegan sus egresados. Ellos son los frutos provechosos de una misión depurada y fértil que se inició hace ya más de ochenta años y que se seguirá extendiendo, porque aquello que se edifica sobre cimientos sólidos está llamado a persistir.

Esta reflexión que nos recuerda cómo la dignidad de nuestra institución reside en sus personas y en el valor de su quehacer, antes que en la inerte puntualidad que nos brindan las cifras, la hemos invocado en muchas ocasiones y no puede menos que venir a nuestra mente en esta ceremonia por la cual nuestra Asociación de Egresados ha rendido su homenaje a cinco de

sus destacados miembros. Cada uno de ellos ha animado desde su quehacer un encuentro con la verdad, es decir, la integridad de conocimiento y bien, la disposición a comprender el mundo para actuar en solidaridad con los otros. Han cumplido y cumplen así con el encargo más elevado que adquirieron al hacerse miembros de nuestra comunidad. Al anunciar la fundación de nuestra Universidad, el reverendo padre Jorge Dintilhac sostenía: *el Perú adolece también del mal general de la incredulidad y de la indiferencia, enfermedad mortal que no se cura sino volviendo franca y decididamente a la verdad íntegra*. Esto que afirmaba con convicción nuestro fundador en 1917, hoy, más de ocho décadas después, hemos de reconocer como un problema aun vigente; no puede negarse, empero, que la Pontificia Universidad Católica del Perú ha contribuido a iluminar con el cultivo de la fe, la verdad y la solidaridad, aquellos terrenos muchas veces nublados por el recelo, la apatía y el egoísmo.

Muestra ejemplar de que esto es así nos ha sido brindada en las reseñas biográficas de los homenajeados. Todos ellos, de modo excepcional, han honrado a la Universidad que los formó en campos tan diversos como el derecho, la historia, la filosofía y las artes. Y decir esto significa, por cierto, que han destacado en el cultivo de sus disciplinas, pero por sobre todo que han sabido actuar con sentido de moralidad y responsabilidad, virtud que hoy, más que nunca, el Perú demanda. En efecto, Beatriz Boza, Armando Nieto, Fernando de Szyszlo, Alberto Wagner y Jorge Santistevan son nombres que en el Perú no solamente representan, además de excepcionales calidades

profesionales, también dignidad, integridad y amor auténtico por el país, no aquel que concluye en la declaración, sino el que se vive con entereza en la vida pública, en el actuar consciente de una profesión que, si bien es medio de vida, no se agota allí y trasciende esta dimensión para ser también experiencia de fe en las gentes del Perú y de compromiso con los demás.

Cuando me dirigí a la comunidad universitaria, al inicio del presente año académico, expresé que *los miembros de nuestra comunidad son, en su diversidad de vocaciones, inquietudes y talentos, el mejor testimonio de esa amplitud de visión, de ese gozo por el que celebramos, a través del pensamiento, el mundo y, dentro de él, la aventura de ser humanos, agentes de experiencias libres y plurales.* Hoy confirmo aquella convicción, al encontrarme con ustedes en este reconocimiento a cinco ex alumnos que honran la historia de la Universidad Católica. Ellos expresan aquella pluralidad de vocaciones y temperamentos que nuestra institución fomenta, pero a la vez a todos ellos los une un carisma común, sembrado y cultivado a lo largo de su paso por las aulas. Talento, honestidad, convicciones arraigadas y no pasajeras, confianza en el futuro, tenacidad, son algunas de las cualidades que vemos rectamente personificadas en sus biografías, tan ricas y diversas.

Amigos todos:

Muy pronto concluye el año 2000, periodo de crisis y desconcierto para el Perú, pero a la vez de renovación y de renacimiento de esperanzas. Confío en que nosotros, los egresados de la Pontificia Universidad Católica del Perú,

sabremos honrar nuestro compromiso con el país, manteniéndonos siempre en la primera línea de la defensa de la verdad, de los valores humanos y de la solidez moral. Hoy, que a través del ejemplo de cinco destacados ex alumnos recordamos aquellos valores que nos hacen auténticamente universitarios, comprometámonos a realizar este esfuerzo recordando siempre las lecciones aprendidas en nuestro querido claustro para que de este modo la luz siga brillando en las tinieblas.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

18-12-2000